

843
C.

PA 2211
.03
A68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL CULPABLE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Con gran frecuencia llueve en el departamento de Calvados y casi siempre los campanarios de las hermosas iglesias de Caén señalan con su dedo de piedra hacia un cielo gris, por el que se deslizan los turbiones, á impulsos del viento del Oeste; pero Cristián Lescuyer, el hijo del viejo señor Lescuyer, Magistrado de la Audiencia, había arrastrado hasta los veintidós años una existencia de tal modo aburrida, que ni siquiera había gozado de las raras sonrisas del clima normando, y para este infortunado joven no parecía sino que había llovido á chaparrón desde el día de su nacimiento.

La casa donde recibió el mediano y discutible beneficio de la existencia databa de su bisabuelo, y había sido construída hacia el fin del reinado

II

de Luis XV. Era, realmente, la más lúgubre entre las lúgubres casas de la aristocrática calle de los Carmelitas, la que es, de suyo, un modelo de tristeza y está exclusivamente habitada por añejas familias. En plena canícula, el suelo esta en ella sucio de humedad y los muros dan escalofríos. Se respira allí á plenos pulmones el *spleen* y el resfriado. En uno de sus extremos, sin embargo, en la alegre calle de San Juan, pulula la muchedumbre campesina de los días de mercado, esmaltada de gorros blancos y de blusas azules, mientras en el otro extremo se percibe la animación del puerto, en que los marineros escandinavos, de amarillentas barbas y ágiles bajo sus camisetas de franela roja, desembarcan con estrépito los olorosos maderos de abeto. Pero la calle de los Carmelitas no hace de esto caso alguno y desdeña aquel trabajo popular, aquel movimiento de mal tono, aquel ruido canallesco. Cierra las maderas de sus ventanas visibles, y sus casas solariegas, de altanero aspecto, aunque envilecido por alguna que otra grieta, evocan el recuerdo de la fisonomía de un hombre orgulloso y arruinado, de gran corrección y humor sombrío.

La casa del señor Lescuyer padre no desmerecía nada, por su aspecto regañón y uraño, de las de los demás vecinos. Separada de la vida exterior

por una tapia muy alta, verdadera muralla de cárcel, en la que se abría — ó mejor dicho no se abría casi nunca — una enorme puerta cochera, la casa del señor Lescuyer daba entrada al visitante por un postigo abierto en uno de los lados de la gran puerta y que, macizo y pesado también, no hacía más que entreabrirse, y eso rechinando. Los que lograban pasar aquel umbral inhospitalario se encontraban en un patio estrecho y sombrío, limitado en escuadra por dos cuerpos de edificio de léprosas fachadas y por la pared de la casa medianera, tapizada de fúnebre y espesa hiedra.

Nada más repulsivo que el tal patio. En un rincón un viejo pozo de garrucha presentaba todo el aspecto de estar envenenado. Los grotescos mascarones de encima de las ventanas hacían muecas, como para rechazar á los importunos, y los escalones de la escalinata, de losas carcomidas y agrietadas, parecían decir al que llegaba todo lo contrario de una bienvenida.

Pues el interior era peor todavía. Todo respiraba en él la avaricia provincial y el frío entrecejo de la justicia. Desde el zaguán parecía que caía sobre el visitante una capa de hielo. La bronquitis aguda flotaba, amenazadora, en el comedor, donde cinco ó seis veces al año el señor magis-

trado Lescuyer, que era viudo y no podía recibir señoras, invitaba á sus compañeros de la Audiencia á unas comidas que la cocinera servía calientes, pero que helaban inmediatamente la acogida tiesa y la conversación polar del dueño de la casa. En el salón, donde detrás de todas las puertas acechaban los mortales catarros pulmonares, los retratos de los antepasados de Lescuyer, todos golillas desde hacía un siglo y ferozmente representados en toga y birrete, lanzaban miradas sombrías, desde sus marcos ovalados, como si fueran á proceder al interrogatorio del que los mirase y á preguntar de buenas á primeras: « ¡Acusado, diga usted su nombre y apellido ! »

Y, sin embargo, si un desdichado litigante subía hasta el primer piso y entraba en el despacho de Lescuyer, ¡la sensación era todavía más siniestra!. No había allí más que estantes de biblioteca, rebosando libros de derecho, desde las recopilaciones *in folio* de las jurisprudencias de la Edad media, hasta la interminable colección legislativa, vestida de taflete negro con rótulos rojos. Aquella confusión de volúmenes, aquel fárrago de leyes y de procedimientos recordaban inmediatamente hasta qué punto son diferentes cosas el derecho y la equidad, y cuánto trabajo, casi inútil, se han tomado los hombres, desde el principio de las

sociedades, para combatir con reglas escritas el fondo de barbarie de su naturaleza. Viendo aquello venía al pensamiento que los viejos libros carcomidos en los que estaban descritos suplicios anticuados y torturas abolidas, no eran, bien mirado, mucho más injustos ni estúpidos que los códigos modernos, los cuales por un proceso de veinte céntimos aniquilan al infeliz procesado con una tromba de gastos y un ciclón de papel sellado, de tal modo, que le hacen casi preferir la justicia á zurriagazos de los cadíes orientales. Y así se tuviese cien veces razón; así se llevase el asunto más límpido y claro que el agua de los manantiales, se echaba uno á temblar ante aquel amontonamiento de papelotes, convencido de antemano de que, por poco que se escudriñase en ellos, se hallarían cómodamente mil razones para quitarle la razón, y de que nada sería más fácil, con un poco de paciencia, que encontrar allí elementos para su ruina y su deshonra.

En aquel despacho, entre todos aquellos testimonios impresos de la impotencia de los hombres para ponerse de acuerdo sobre las cuestiones más sencillas, era donde estaba habitualmente el señor magistrado Lescuyer, sentado á su mesa, un mueble bastante bueno del siglo XVIII, ante

un montón formidable de legajos. Aquel magistrado exacto, íntegro, laborioso, pero de espíritu limitado y corazón seco, un poco embrutecido por el oficio y degenerado por el tiempo en máquina de considerandos, acababa de llegar á la cincuentena en 1886, época en que comienza este relato. Devoto activo y señalado al ministro de la Justicia como clerical furibundo y sospechoso de legitimismo, el señor Lescuyer había obtenido en su carrera, ya larga, lentos y penosos ascensos y ni siquiera adornaba la cinta de la Legión de Honor aquella levita rapada y de costuras blanquecinas con que él realizaba su delgadez, y á la cual, según las costumbres parsimoniosas de los provincianos y su falta de amor propio en materia de vestiduras, hacía durar perfectamente cinco ó seis años. El único adorno al que el señor magistrado atribuía alguna importancia era la monumental corbata blanca, que parecía tallada en una masa de nieve virgen y de la que salía, coronando un cuello de buitre, una cabeza seca y sanguínea, muy ensombrecida de cabellos, patillas y cejas grisáceas. Aquella cara de hoja de cuchillo, con sus miradas de odio y su boca grosera de dientes amarillentos, resultaba más desagradable por la exageración del sistema capilar, pues de las narices y de las orejas del

señor Lescuyer se escapaban esos mechones de pelos negros en los que los prejuicios populares creen descubrir la prueba de un temperamento vigoroso y de una gran longevidad. Todo, en aquella fisonomía tiránica, expresaba la dureza, el orgullo y la obstinación. Había en ella algo de implacable y se imaginaba naturalmente al Sr. Lescuyer con el tricornio de plumas tricolores presidiendo el tribunal revolucionario ó bien, imparable y rígido bajo un hábito sombrío, asistiendo con toda tranquilidad á algún tormento abominable, al fulgor amarillento de los cirios y en un calabozo de la santa Inquisición.

El joven Cristián Lescuyer, que acababa de licenciarse brillantemente de abogado ante la facultad de Caén, había, pues, nacido y héchose hombre en aquella triste casa, al lado de aquel padre silencioso y sombrío y que no le inspiraba más que un respetuoso terror. Á los veintidós años no había en su vida un solo recuerdo medianamente dulce. Exceptuando á su nodriza, la pobre Eufrasia, que en otro tiempo, antes de ser encerrado en el colegio, le llamaba « hijo mío » y le besaba riendo de placer, Cristián sabía bien que nadie le había amado. ¿ Su madre ? Había muerto de sobrepeso unos días después de darle á luz. Ni siquiera existía en la casa un retrato suyo.

¿ Su padre ? ¡ Ah ! Había veces en que el joven se acusaba de mal corazón, de ser un hijo ingrato y malo, porque jamás se había presentado ante el glacial señor Lescuyer sin un vago sentimiento de miedo, sin un movimiento instintivo de repulsión. Su disculpa estaba en la educación que había sufrido de rigor y de disciplina, sin un solo instante de confianza ó de abandono. Evocando los más lejanos recuerdos de su infancia, siempre oía la voz regañona de su padre y veía sus ojos encolerizados. ¡ Ah ! Desde muy temprano se le había impuesto la corrección y el silencio en la mesa. No recordaba haberse encaramado jamás en las rodillas paternas, y cuando, siendo todavía muy niño, iba á dar las buenas noches al autor de sus días antes de irse á acostar, éste le daba en la frente un beso rápido, como si el señor magistrado — cosa inverosímil — estuviera jugando á juegos de prendas, y hubiera sido condenado á besar la bomba de la lámpara ó el boliche de la escalera. Por lo demás, en cuanto el muchacho hizo su primera comunión, aquellas raras caricias y el tuteo infantil fueron también suprimidos. En las familias bien educadas se debe llamar de usted á los padres. En seguida al colegio antes y con antes. Nunca es temprano para empezar los estudios. Cristián los hizo excelentes, pero por cada

uno de sus éxitos de estudiante jamás obtuvo más que un : « ¡ Está bien ! » muy seco, como un frío cumplimiento de pedagogo. No, el joven no quería ser injusto. ¡ Cuántas veces, envarado en su corbata y en su dignidad, el señor Lescuyer había elogiado, delante de Cristián, la sociedad romana, el *pater familias* antiguo, la autoridad del cabeza de familia, y tronado contra la pérdida del respeto, contra las peligrosas familiaridades, contra el relajamiento de las costumbres modernas ! ¿ No amaría, acaso, á su hijo, á su manera ? Ello es que el joven nunca pudo ni resistirle ni desobedecerle ; tanto era el miedo que le inspiraba. ¡ Pero cuánto más hubiera valido un poco de ternura !

Naturalmente tímido y poco expansivo, como acostumbrado desde niño á la reserva, Cristián Lescuyer no había siquiera contraído durante su estancia en el colegio una de esas amistades tan absolutas, tan desinteresadas, tan generosas, que son el encanto y la honra de la juventud. Había, sin embargo, en su clase un muchacho parisiense, Francisco Donadieu, huérfano de padre y madre é hijo de un pobre capitán procedente de tropa y muerto en Solferino, y hacia este joven se sintió atraído Cristián por una violenta simpatía. Sí ; el escolar impecable, el primero en los estudios,

siempre honrado con un sitio en el banco de honor; el alumno siempre premiado y felicitado todos los años por el Prefecto en traje de ceremonia, entre el ruido de los aplausos y de la música de la guarnición; el sabio y correcto Cristián se sintió súbitamente poseído por una afición incomprensible hacia aquel compañero que ofrecía con él un perfecto contraste. Todo le agradaba en Francisco Donadiou, en el mal estudiante, en el chicuelo de París, inteligente, perezoso y rebelde, con los bolsillos siempre llenos de difuminos y de lápices, sin más éxitos que los de la clase de dibujo, respondón con los profesores, de los cuales se divertía en hacer caricaturas, y que bajo un continuo chaparrón de castigos y de privaciones de salida erguía insolentemente la cabeza con el empaque de un heroico insurgente que desafía la metralla en una barricada. El buen muchacho, el escolar sumiso, admiraba, sin atreverse á confesárselo á sí mismo, al enredador y al díscolo. Cristián se aproximó al parisiense y tomó iniciativas amistosas á las que el otro respondió de buena voluntad, pues era afectuoso y cordial. Llegaron á hacerse amigos y se pasearon juntos hablando, durante las horas de recreo, ante las miradas sorprendidas y descontentas de los inspectores. Incapaz de un sentimiento bajo y de un

movimiento de envidia, el « réprobo », sin cesar amenazado de expulsión, estaba sinceramente orgulloso de su amistad con el primero de la clase. Pero cuando Cristián trató, dulcemente y con delicadeza, de darle consejos y hacerle aceptar la regla común, Francisco resistió y le hizo confesiones de completa crudeza. El latín le aburría, la tinta le olía á demonios, no vivía más que por los ojos y no era dichoso más que con el lápiz en la mano. Pero estaba ya fastidiado de modelos de yeso y presentía que podría trabajar con modelo vivo. Sí; quería ser artista, escultor ó pintor; escultor más bien, para reproducir las formas. Y se acusaba de perder el tiempo y de falta de valor.

« ¡ Oye, decía á veces, con cierto dejo de entonación de arrabal parisiense; yo debía tomar la puerta, escaparme de este presidio, ir á París y entrar en casa de un maestro, aunque tuviera que barrer el estudio y limpiar las botas!... »

Pero ¿ cómo? Francisco era un huérfano sin un céntimo. Es verdad que podía contar con la hermana mayor de su padre; una solterona, dueña de un pequeño gabinete de lectura de la calle de Saint-Jacques. En su casa pasaba las vacaciones, no muy brillantemente por cierto, pues por todo regalo bebía un brevaje hecho con pasas y dormía

en un camaranchón. La buena mujer le amaba y de seguro no le dejaría en el arroyo; pero cuando el muchacho hablaba á su tía, en sus cartas, de su cansancio del colegio y de su deseo de aprender para escultor, la buena señora tomaba miedo y le suplicaba que tuviese paciencia por algún tiempo y continuase los estudios. ¡Ah! Si no hubiera sido por no disgustar á la solterona... ¡Era para morir de rabia... Ni siquiera había manera de procurarse un poco de arcilla!...

El dócil y melancólico Cristián no albergaba en su mente semejantes tempestades. Para él el porvenir estaba fácilmente trazado, como un camino en una llanura; seguir la carrera de derecho, recibirse de abogado y, después, vestir, como sus abuelos, la toga y el birrete. Así lo había decidido su padre y díchoselo cien veces desde que entró en la edad de la razón, y así lo quería él mismo como cosa muy natural. Sin embargo, se sentía penetrado de un vago respeto hacia su camarada, hacia aquel niño de catorce años que, con energía enteramente plebeya, le confesaba las torturas de una vocación contrariada.

Pero la amistad de los dos jóvenes se interrumpió de pronto. Comprometido en un alboroto de colegiales, ruidoso motín de dormitorio del que el inspector sacó un ojo hinchado, Francisco

Donadieu, que gozaba de estancias gratuitas, fué puesto en la puerta del colegio, aunque no había sido el más culpable. Volvió á París, no dió más noticias suyas y, poco á poco, se fué borrando de la memoria de Cristián el recuerdo de aquel camarada favorito, de aquel parisiense de franca mirada, que dejaba en el hule del refectorio, después de las comidas, pájaros hechos con miga de pan.

Solitario, replegado en sí mismo, Cristián llegó por fin á la pubertad, tras de largos, lentos y pesados años transcurridos en el aburrimiento del colegio y en el fastidio de la casa paterna. Durante sus estudios de derecho tuvo, sin duda, alguna más libertad, pero, ¿para qué la quería? Aunque favorecido por una más que mediana posición pecuniaria, el magistrado señor Lescuyer opinaba que cinco francos á la semana constituían una suma más que suficiente para los placeres de un muchacho al que apuntaba ya el bozo. Cristián, arrastrado por los demás estudiantes á dos ó tres expediciones de disipación provinciana, que le desilusionaron, tuvo que confesar á su padre una deuda de unos cuantos francos y fué sermoneado por el avaro y rígido magistrado como si se hubiera tratado de un robo con *escalo* y nocturnidad, en casa habitada. Esta aventura le hu-

milló profundamente y desde entonces evitó toda ocasión de gastos, se mantuvo á distancia de sus camaradas y, para dominar las sollicitaciones de la pubertad, se entregó de lleno al trabajo. Las horas menos malas para él eran las que empleaba en largos paseos, completamente solo y con el alma mecida en fantásticos ensueños. La casa de su padre, el lúgubre y reumático hotel de la calle de los Carmelitas, le inspiraba horror. Los mascarones de la fachada exageraban para él sus muecas inhospitalarias; el siniestro pozo del rincón del patio parecía ofrecerle sus aguas para ahogarse y su cuerda para que se ahorcara y, cuando en el catarral comedor y sentado á un extremo de la mesa, asistía Cristián á una de aquellas comidas en las que la corbata de nieve de su padre rivalizaba en brillante y helada blancura con otras doce no menos glaciales, el desdichado joven, muerto de tristeza, se preguntaba con espanto si estaría condenado para siempre á semejante existencia y sentía subir á su garganta un sollozo de desesperación.

Cada quince días, el domingo por la tarde, el señor Lescuyer hacía con su hijo una visita á la señora de Leger-Taburet, en la hermosa casa de la calle de los Canónigos de que era propietaria. Era esta señora viuda de un juez en compañía del

cual el señor Lescuyer había seguido la carrera de derecho y hasta incurrido en algunas travesuras de estudiante; pues antes de incrustarse definitivamente, como un megaterio antediluviano, en los hielos de su corbata blanca, el magistrado había tenido una especie de juventud y, como cualquiera otro, había corrido las calles de Caén, á horas desusadas, para atar calderos al rabo de los perros errantes y para arrancar cordones de campanillas. Pero todo esto estaba olvidado. Hay personas que son jóvenes á la manera de los niños que pasan el sarampión ó la escarlatina; la juventud es para ellos una corta enfermedad de la que nadie se acuerda después de curada. Para los dos amigos los veinte años no fueron más que una fiebre pasajera, una erupción insignificante. Pronto se hicieron formales y se casaron; y el mismo Leger-Taburet, que fué en sus tiempos el más bullicioso, tomó cuerdamente por esposa á una señorita de mucha más edad que él, pero dueña de una considerable fortuna. Después de luchar durante veinticinco años con el invencible sueño de las horas de audiencia, el juez murió de repente, cuando frisaba en los cincuenta, sin dejar sucesión; y su viuda, vieja ya en el momento en que la conocemos, vivía sola con su sobrina, la joven señorita Camila Letourneur, que debía

hacerla y llegar á ser de ese modo uno de los mejores partidos de la provincia.

Á pesar de que la economía, aunque degenera en sordidez, es considerada generalmente en Normandía como la primera de las virtudes, la señora de Leger-Taburet se había hecho célebre en la sociedad de Caén por su admirable tacañería. Se citaban rasgos suyos dignos de Molière y, como las anécdotas no envejecen en provincias, todo el mundo reía hasta derramar lágrimas cuando en las conversaciones se citaba el nombre de la buena señora y se recordaba la célebre « historia de las uvas ».

Las tales uvas, magnífico albillo, eran, puede ser, las únicas en toda la comarca que llegaban á completa madurez, gracias á la situación excepcionalmente favorable de la huerta, en la cual estaba la parra al mediodía y al abrigo del viento. La viuda estaba muy orgullosa por esta circunstancia, y cuando el sol de septiembre empezaba á dorar los racimos, nunca dejaba de preguntar á todas las visitantes que iban á verla los domingos después de las vísperas:

— ¿ Tiene usted uvas maduras en su huerta?

— No, señora, le respondían todas invariablemente.

Y entonces la enjuta fisonomía de la avara, ama-

rilla de ordinario bajo sus cabellos de color de hollín, se esclarecía con una horrible sonrisa al exclamar en agrio tono de triunfo:

— ¡ Pues yo sí!

Pero nunca, jamás, se dió el caso de que ofreciese á nadie probar las uvas, que recogidas amorosamente y colgadas en sacos de tul de las vigas del granero, constituían el único postre de todas las comidas hasta las Pascuas.

Un día, sin embargo — ¡ día memorable! — ocurrió que estando la célebre parra de la calle de los Canónigos rebosando de fruto hasta el punto de ofrecer en aquel otoño una cosecha excepcional por lo abundante, la viuda pareció apartarse de su miseria habitual. Estaban de visita en su casa dos hermanas ya viejas, muy devotas y condenadas al celibato, á pesar de su no despreciable patrimonio, á causa de su fealdad redhibitoria, y la señora Leger-Taburet les dirigió su pregunta de costumbre:

— ¿ Tienen ustedes uvas maduras en su huerta?

Á lo cual respondieron ellas, según rito:

— No, señora.

— ¡ Pues yo sí! replicó, siguiendo la tradición, la señora Leger-Taburet. Pero á renglón seguido añadió esta frase absolutamente inesperada: « ¿ Quieren ustedes probarlas? »

Si el confesor de aquellas solteronas les hubiera impuesto como penitencia comer carne en viernes santo, no se hubieran quedado más estupefactas. Las dos exclamaron al mismo tiempo:

— ¡Cómo, señora! ¿Que si queremos probar el albillo?... ¡ Con muchísimo gusto!

La señora Leger-Taburet se levantó; permaneció durante unos cuantos minutos en la huerta, que aparecía dorada por el sol de Octubre, y volvió á entrar con aire solemne trayendo en la palma de la mano... ¡ dos granos de uva!

Á casa de semejante « gran tacaña » era á donde llevaba el señor Lescuyer á su hijo cada quince días. El pobre muchacho aceptaba con paciencia este martirio como todos los demás de su vida. Desde la edad en que se puso el primer pantalón largo estaba observando cómo se convertían, de un verde mohoso en otro de aspecto más repugnante todavía aquellos vetustos muebles de terciopelo de Utrecht, todos en forma de lira, como si la señora Leger, que no leía más que *El Eco de Caén* y *El Año Cristiano*, hubiera sido la décima musa. « El chico de Lescuyer », como llamaban en aquella sociedad á Cristián, sufría con resignación las conversaciones de provincia, tan monótonas como las tocatas del organillo que se sitúa todos los días ante la misma ventana. Sumido en el incons-

ciente sopor del « negro en el sermón » oía las insulsas reflexiones, siempre iguales, que se hacían sobre las defunciones, sobre los matrimonios y sobre las enfermedades. Sabía de memoria las jeremiadas contra la lluvia: « Si esto dura ocho días, adiós la cosecha de avena », y los pronósticos sobre el tiempo: « Muy pronto se van este año las golondrinas; tendremos mal invierno ». En tales coloquios, sazonados solamente, de vez en cuando, por mezquinas máledicencias, Cristián guardaba un desdeñoso mutismo, que, por otra parte, no le hacía ningún daño, pues todos le tomaban por una muestra de buena educación en un joven. Apenas cambiaba, y esto raras veces, algunas palabras con la sobrina de la señora Leger, muchacha de diez y siete años, dulce, tímida educada muy severamente por su tía y vestida como un fardo.

En aquel estrecho medio, en aquella atmósfera fría, la señorita Camila era el único ser hacia el cual sentía Cristián alguna simpatía. No era bonita, pero era su mirada inteligente y buena y tenía cierta gracia su sonrisa. Así fué que cuando un día, al salir de aquella casa, el señor Lescuyer hizo comprender á su hijo la causa secreta de sus visitas asiduas, Cristián se sintió agradablemente emocionado.

« Ya sabes, dijo el magistrado, que la señorita Camila tendrá, tarde ó temprano, diez y ocho mil francos de renta en tierras .. Y su tía quiere casarla con un magistrado... El juez de primera instancia, el señor Gigolet, piensa ya en ella para su hijo ; pero Jorge es un simple y acaba de recibir las terceras calabazas en el examen de la licenciatura... Tú serás doctor dentro de dos años, tres á más tardar, y por mal quisto que yo sea en París, aun tengo dos ó tres antiguos amigos en el ministerio que te proporcionarán el nombramiento de juez suplente. Además he observado que la joven Camila no te disgusta y tú estás en el caso de pretender honrosamente su mano, pues si bien por parte de tu madre no tienes gran cosa, yo te dejaré algo más que una bicoca. Sois aún los dos demasiado jóvenes y no es tiempo todavía de poner en autos á la señora Leger, que es mujer de buena cabeza y que no se deja manejar fácilmente... Pero, en fin.. piensa en esto que te he dicho.

Estas palabras, en las que el viejo manifestó por vez primera algo de solicitud paternal, fueron para el alma de Cristián delicioso rocío. Poco le importaban aquellos cálculos sobre el dote y la fortuna ; la juventud es desinteresada. Pero ya se veía casado con la señorita Camila á la que

embellecía su deseo. Le era permitido amarla. Así, su vulgar é insípida existencia se le apareció transfigurada y como perfumada por un sentimiento, y soñaba inocentemente con las alegrías de un sencillo idilio de tiernas miradas y de juramentos cambiados en la huerta, bajo la célebre parra, donde acaso podrían verse solos algunas veces y estrecharse tímidamente las manos...

Pero, muy poco tiempo después, el señor Lescuyer llamó á Cristián á su despacho.

Jamás el magistrado había mostrado una fisonomía más severa en medio de aquel cuadro de injusticias encuadradas. Nada tan repulsivo como su mirada bajo la selva virgen de sus cejas. Su corbata blanca, aún más glacial que de costumbre, evocaba espontáneas ideas de viaje al polo Norte y de cacerías de osos blancos en los témpanos.

« Hijo mío, dijo á Cristián en un tono que hizo bajar dos ó tres grados el termómetro ; he tomado respecto á ti una seria determinación. Quiero que, como yo, seas doctor de la Facultad de París y voy á enviarte allá para que hagas los exámenes y tomes el grado. Es asunto de dos años, si trabajas con gana. No se me ocultan los peligros que ofrecen para una naturaleza débil y poco segura, como la tuya, la libertad de que vas

á gozar y las tentaciones de la gran ciudad. Estoy decidido sin embargo, considerando las grandes ventajas de tu ida á París desde el punto de vista de tus estudios y de tu porvenir. Acuérdate de que si bien soy susceptible de indulgencia para alguna que otra travesura, sería inexorable para una falta grave de conducta. Lejos de renunciar á las esperanzas de que te hablé el otro día, me propongo cultivar mucho la amistad de esas señoras durante tu ausencia y arreglarte, para cuando vuelvas, un matrimonio que te asegurará una hermosa independencia, indispensable, á mi juicio, para un magistrado. Estamos á fin de octubre; mañana empezaremos las visitas de despedida y te pondrás en camino la víspera de Todos los Santos, para que estés instalado el tres de noviembre, día de la apertura del curso. Te daré cartas de presentación para los pocos amigos que allí conservo, y especialmente, para nuestro paisano, el digno señor Lherbager que acaba de ser nombrado magistrado de la Audiencia después de haber vegetado durante veinte años, gracias á los intrigantes del ministerio, en el cargo de juez de instrucción. Te dará buenos consejos y podrás trabar amistad con sus hijos, que él me pinta en sus cartas como dos honrados y piadosos jóvenes. Á pesar de los inconvenientes del barrio Latino,

debes alojarte cerca de la Universidad. Recibirás todos los meses una suma de doscientos cincuenta francos, que debe bastarte; con menos de la mitad viví yo en otro tiempo en París. Así pues, está convenido. »

« Prepara tu viaje y no me des las gracias; pero trata de corresponder á mis pruebas de interés siendo siempre un laborioso y buen sujeto. »

Una vez pronunciada esta alocución con la misma benevolencia y cordialidad que si hubiera leído una sentencia de muerte, el señor Lescuyer despidió á su hijo.

Cristián salió tambaleándose del despacho de su padre. ¡ Qué sorpresa! ¡ Y qué gozo! ¡ Él libre! ¿ Sería posible? ¡ Iba á ser libre; iba á vivir en París! Iba á habitar aquel barrio Latino, que preocupa la imaginación de todos los estudiantes de provincia y del que con tanta frecuencia había oído hablar á sus compañeros como de una especie de tierra prometida, de paraíso del profeta; iba á ser dueño de sí mismo; á gozar, en fin, tranquilamente de su juventud, con su llave en el bolsillo y poseyendo dinero, del que no tendría que dar cuenta á nadie. Y su padre le anunciaba semejante nueva friamente, casi con dureza, como quien da una orden, con la indiferencia de un carcelero que pone en libertad á

un preso. ¡ Oh ! Si el magistrado hubiese tenido entonces para él, no ya una palabra de ternura, sino solamente el más ligero temblor en la voz, Cristián se hubiera arrojado en sus brazos y hubiera llorado sobre su pecho... Pero estaba escrito que nunca se establecería entre aquellos dos seres la confianza ni el afecto. Cristián iba á dejar la casa paterna con la alegría de un perro á quien se da suelta, pero cuyo instinto conoce que será preciso volver tarde ó temprano á someterse al látigo del dueño. Lejos de su padre, tendría que pensar en él con un sentimiento de dependencia y de temor.

Hasta el día de su partida el joven fué presa de una nerviosa impaciencia. Nada de lo que iba á dejar le inspiraba pena. Se había aburrído mucho y muy cruelmente bajo aquel cielo lluvioso, entre las paredes de aquella tétrica casa de familia, en aquella ciudad donde no tenía ni un verdadero amigo. Cuando fué á despedirse de las señoras de la calle de los Canónigos pensó hasta con disgusto en aquel proyecto de matrimonio que al pronto le había encantado, y la señorita Camila, cuya emoción no vió, le pareció decididamente fea y, desde luego, una chiquilla todavía. ¿ Estaría destinada á ser un día su mujer ? ¡ Para qué preocuparse por un porvenir aún lejano y dudo-

so ! Lo seguro é inmediato era su partida, su rescate. El baúl estuvo hecho con una semana de anticipación y el joven no durmió en todo ese tiempo.

Por fin llegó la hora. Era una sombría mañana, verdadera víspera del día de los muertos, en la que el viento retorció y empujaba las nubes. Después de recibir, en la estación, el frío abrazo de su padre, Cristián observó con delicia — ¡ sí, hasta en aquel solemne momento ! — que el vagón se deslizaba débil y lentamente para ponerse en marcha. Y sólo algunos instantes después, al ver disminuirse y palidecer en la bruma las torres de San Esteban y las macizas construcciones de la abadía de las Damas, el joven viajero se vió de pronto acometido por una aguda tristeza y se preguntó si su corazón era de piedra, para dejar tan fríamente á aquel hombre ante el cual había siempre temblado, pero que, á pesar de todo, era su padre, y aquella ciudad de la que no llevaba ni un buen recuerdo, pero que era, de todos modos, su pueblo natal.

Y en los revueltos nubarrones creyó entonces distinguir vagas formas de caras que le hacían gestos y que le recordaban los repugnantes mascarones de la casa paterna, que parecían seguirle con una mirada de odio como si le deseasen alguna mala aventura.